

avión en que viajaba, acompañada por Lali Ridruejo, fué lanzado anticipadamente sobre el estupendo aeropuerto de Limacambo. Pero ni siquiera esto evitó a Pilar la cordial efusión de las Autoridades y la colonia. Su propia obra y los recuerdos de su padre y de su hermano hacían que Pilar tuviese en Lima la misma aureola que en Madrid. Cuando Mercedes leyó en banderas el telegrama que confirmaba su viaje, tuvo que prever el tumulto así:

—Voy a leeros un telegrama interesante, pero guardad las demostraciones de alegría para después del rezo.

Las chicas aguantaron bien. Al terminar sus oraciones no oyeron a Mercedes, que les decía:

—Niñas, ya podéis alegraros.

Nos quedamos sin el gustazo de ver llegar a Pilar; pero bien de mañana fuimos todos al hotel Bolívar, donde se alojaba Mercedes, Vicki, Paris, Elvira, preguntaban a Lali detalles del viaje y se interesaban por problemas menudos y familiares con una ternura endiablada. Lali hacía frente a aquel chaparrón de preguntas con el valeroso y sereno ánimo que le caracteriza. Informó detalladamente a las inquisidoras:

—Sí, he conseguido que se haga un abrigo nuevo— y pasó al ataque.

Entonces bajó Pilar; hablamos todos un poco, y yo me largué a la calle para que mis camaradas despachasen con su Delegada Nacional. Me parece que aquella misma tarde hubo representación, y Pilar, como un clavo, apareció en el palco de la Embajada; sería inútil decir que las chicas no estuvieron a la altura de costumbre, pero cualquiera se explica la presión de sus nervios sobre su bisoña maestría. Cuando Pilar entró en el escenario del Municipal, el júbilo ruidoso de aquellas estupendas falangistas sobrepasó la medida litera-

ria que, como cronista, reservo para los momentos excepcionales. El barullo cordial pudo perfectamente estremecer a la gente, que durante el descanso se dedicaba a comprar muñecas, y es seguro que más de un tranquilo espectador pensase en el fuego, el terremoto o la catástrofe sin delimitar.

Montamos en un vertiginoso carrusel; bailes típicos en la A. A. A. —Asociación de Artistas Aficionados, que algo antes había recorrido España—; estampas criollas en el Club La Laguna; comida del ministro de Educación en el Country Club; ofrendas florales a Pizarro, San Martín y Bolívar; visita polvorienta a las ruinas del Templo del Sol, allá en Pachacamac, donde Pizarro batió a las divinidades indígenas; cena del Casino Español en La Cabaña, un rústico y exquisito Club, con actuación del Príncipe Gitano, que brindó a las chicas y que me reconcilió con la gitanería cuando dijo: «Brindo estas canciones a mis compatriotas. ¡Viva Franco! ¡Arriba España! Y olé, y a ver qué pasa.»

Se me olvida el noventa por ciento de los convites, pero ni siquiera los más meticulosos contables habrán conseguido sentar en sus diarios de viaje tantas y tantas muestras de la simpatía limeña. Fué abrumador. Visitamos todos los periódicos, de una Redacción a otra, y en todas la misma gentileza, el mismo gesto señorial de bienvenida, idéntica franqueza de corazón.

También nos llevaron a almorzar al hotel de Los Angeles, cerca de Chosica, Lima tiene un cielo plomizo, abrumador. El sol se ve a duras penas, raramente; pero los limeños, manejando su carro, van en busca de Chosica, a 42 kilómetros de la capital y a ochocientos metros sobre el Callao. Desde allí, en un trenillo de montaña, ascendimos hacia la dichosa claridad